

Relato del jinete y la vidente

*A mi tío Andrés Gómez, que escribe
en verso las historias de nuestra gente.*

1

Nací en 1891, el día
de San Pedro, en Uruguay, dice Perfilio.
Tenía dos años cuando vine a la Argentina.
Éramos doce hermanos, seis y seis.
La gente era muy pobre
y se venía a trabajar.
En esos años no había plata.
Era una pobreza única.
Vinimos por El Colorado,
nos trajo un famoso rico
que había antes.
Vinimos para el Sur en esos años,
¿se da cuenta?
Y de ahí no salí más de aquí.

2

Usted me pregunta si me casé
A los 35 me casé.
Ya estaba necesitando compañía.
A esa edad de a uno es triste.
Ella era una mujer especial.
¿Qué es especial?
Si lo sabré. Tuve suerte.
Si cuento cómo era ella
nadie me va a creer.
Años lindos pasé.
Luego quedé viudo.
Alguno tiene que irse primero.
Así pasa.

3

—¡Si tendré historias para contar...!
Perfilio cuenta y se ríe.
El que se ríe de lo que cuenta
de sus picardías se acuerda.
Acordarse es bueno porque sale la risa.
—¡Tremendo sabandija era yo,
como para no reír al acordarme!

Ve, está viendo, lo que ha vivido
ese muchacho que fue.
Lo ve a través de su relato,
del vidrio traslúcido de su relato.
Y viéndolo vuelve a ser aquel muchacho
por el tiempo que dura la risa.

4

En Pampa María Santísima
en medio de la tormenta se vio perdido
sin saber adónde ir.
Iba, de todos modos, al tranco,
a donde creía ir, yendo a ningún lado.
Viendo nada, nada era el camino.
De tanto ver nada, el camino le parecía ver.
Sin saber si era una cosa o si era la otra,
no era él sino su caballo que lo guiaba.

5

Ella vio lo que él no veía.
El fue y vio lo que ella había visto
el día anterior.
Ella vio la nieve caer,
como si el cielo mismo cayera,
y vio la majada
hundida en lo blanco.

Tenés que ir, dijo ella, y ver
con tus ojos lo que estoy viendo,
Sí, tendré que ir, dijo él creyendo
como un creyente en la visión de ella.

Esa mañana comenzó a nevar,
no paró en todo el día,
y él fue, en su caballo, y vio.
Hizo el trabajo pasado de frío.
Algunas ovejas no se veían,
le dijo a ella; tenía que tantearlas,
agarrarlas de los mechones escarchados
y tirar fuerte, no sentía mis manos.

Dos metros de nieve es lo que vi, dijo ella.
Dos metros en el quiebre del terreno, dijo él;
mis pies no llegaron a tocar la tierra.
Dos metros de nieve helada.
—*Como el espesor de la desgracia,*
le dijo uno en el bar
después de oír su relato.

6

Ella ve el sueño de él.
Él no la ve en sueños.
Hasta que ella entra en el sueño de él.
Viene caminando de la quinta,
entra a la cocina con una mata
de acelga y unos tomates pintones.
Él la ve; recibe lo que ella le deja en sus manos
y sigue soñando.

7

Ella ve lo visible y lo nunca visto.
Ve lo que se verá mañana.
Él se deja guiar por lo que ella ve.
Él se ve con los ojos de ella.
Ella ve a través de la ventana donde se ve
el campo y aun lo que hay más allá,
detrás de los cerros que se ven más lejos.
Ella ve lo que viene, lo que va a venir,
lo bueno y lo malo y lo que está por verse.
Él entiende que no es cuestión de entender
sino de ver como quien ve por primera vez.

8

Ha llegado el día, dijo ella.
No entiendo, dijo él.
Hasta acá nomás llevo, dijo
para que entendiera.
El día y yo llegamos juntos,
sin sacarnos ventaja.
Lo vi de noche,
ahora verás por mí.
Atá el caballo a los tiros
que haremos el viaje por última vez,
el viaje que no veré,
que ahora estoy viendo, dijo ella.

Y al rato se cortó, contó él
en el velorio
a deudos y conocidos.
Fue como si se durmiera,
y después hice de cuenta
que venía durmiendo
camino al pueblo por última vez.

9

Ver el objeto.
Lo ve, primero, sujeto a la visión.
La visión que no se sujeta,
la visión que ve como un vidente.
Ahora sujeta el objeto
para verlo, tal cual lo ve.

Dijo —Mi mujer era vidente.
No son habladurías de viudo.
Cuando vio la cadenita de oro
perdida hace mucho tiempo,
vio lo olvidado, el olvido.
—Ella, la finada, vio por mí;
ella veló por mí.

Una luz movediza lo llamaba
sobre el ropero; buscó arriba,
detrás y al fondo, y vio
la cadenita perdida.
Entonces recordó el objeto;
quiso verlo, tocarlo
como a la persona ausente.

Ser lo que se busca, el sujeto
en el objeto.

10

Perfilio ve el fuego prendido en la cocina,
el hervor de la pava, el mantel,
los platos y los cubiertos para dos,
su cuchillo filoso, gastado de tanto
carnear gordo, y nadie a la mesa.

11

Ella veía a través de las cosas
cuando veía las cosas.
Y veía las cosas que estaban por venir.
Se veía a sí misma, yéndose,
antes de haberse ido,
dividiendo las cosas para irse,
partiendo y partiéndose en dos,
un tiempo que se acaba y uno que comienza.
Queda la visión, no ella, perdiéndose lejos
a donde no llega él, que sigue sin ella.





12

Sus ojos no ven sin ella.
Olvida lo que pierde
y pierde lo que olvida.

Si no fuera por ella, que sigue
viendo por él, él se perdería
en su propio olvido.

13

Perdí los títulos de la casa
y no los puedo encontrar.
Me pongo a pensar dónde habré dejado
esos papeles y no recuerdo nada.
¿Vio cómo se termina todo?

14

Mujer y caballo eran sus prendas queridas.
Ya se había ido ella cuando el caballo,
sin saberlo él, se hundió en los menucos.
Luchó con lo último de sus fuerzas,
como él con los recuerdos.
Un día volvió, manco y sumido.
Él pensó que ella se lo había traído de tiro.

15

Tirado en el catre,
las piernas trabadas en las cobijas,
se veía en el bar, acodado en el mostrador,
tomando una caña dulce
con los viejos amigos.
Lo último que le iba quedando
en este mundo.

16

Perfilio no sabía lo que era ver
como ella veía.
Ella veía por él.
Ella seguía viendo por él.
A veces una luz se posa
¡así... así... así...!, en las cosas
que olvida, o pierde.

Perfilio mueve la mano en el aire,
 ¡así... así... así...!,
 para describirnos esa luz saltarina
 que quiere mostrarle algo en la pieza,
 donde él está con los ojos desvelados.

17

Bien montado, en esos campos
 que conocía de memoria, anduvo
 un día perdido, y un día más,
 sin parar, para llegar al mismo lugar
 donde había empezado.

Que nadie se va a caballo
 con el caballo de este mundo
 debería saberlo, pero lo olvidó.

Sólo ansiaba que le ladrara el perro
 al verlo llegar, que le lamiera
 la mano y la cara
 hasta despabilar su confusión.

18

Creyó que el zaino
 lo iba a acompañar hasta el fin.
 Hasta que le dijeron que se había
 desangrado con unos alambres de púa
 donde lo tenía pastando.

No lo quiso ver, hasta que lo vio
 con los ojos de la finada.
 Ella se los presta desde el día
 que se fue a la otra vida.
 No debe querer que ande
 al tanteo como los ciegos.

19

Le podría hablar de los pobladores de antes.
 Veinte casas, puros adobes y chapas.
 Veo caras, pero no recuerdo nombres.
 Eso es lo malo, uno se olvida
 y ya no puede nombrar.
 La vida de uno se queda callada.

20

Ahora que estoy arrinconado
 por la vejez, daría lo que no tengo
 por largarme a los campos
 con un caballo prestado
 y que me suelten los galgos.
 Hasta que la taba eche culo.

*

Téxto: Juan C. Moisés, Sarmiento, Chubut, 1999
 Fotografías: Juan C. Moisés (abajo) y las otras dos, de algún
 fotógrafo no identificado del pueblo.



Perfilio es don Pedro Perfilio Antonena. Nació el 25 de julio de 1891, en Uruguay. En 1893 pasó con su familia a Entre Ríos, y más tarde se trasladaron a la Patagonia. Vino con un arreo de animales de un "famoso rico" llamado Ramos Otero. Era un muchacho cuando llegó a la Colonia Sarmiento, Chubut, donde murió el 10 de agosto de 1983. En su larga vida realizó todos los oficios de campo y en particular crió ganado. Eso fue en el sur del Chubut y en el norte de Santa Cruz. Era un buen conversador y un gran jinete. A los 81 años corrió una de sus últimas carreras cuadreras y la ganó. La cancha se adaptó en la pista del Aeroclub. Todo el pueblo fue a verlo correr. Su mujer, que murió varios años antes que él, era vidente.

*

Ediciones Desmesura
 pablojaviergil@yahoo.com.ar
 www.edicionesdesmesura.com
 N°135 - Año VIII - Septiembre de 2020
 San Carlos de Bariloche



RELATO DEL JINETE Y LA VIDENTE

JUAN CARLOS MOISÉS